

Benidorm, patrimonio de la humanidad

Luis Menchén

Desde mi anterior artículo compartido con ustedes, he escuchado una noticia que, como ya saben que me ha sucedido otras veces, no he podido resistir la tentación de comentar desde este espacio generosamente cedido por el director.

En un informativo, una persona, cuyo nombre no pude captar, explicaba la iniciativa que abanderaba y promovía, que la ciudad de Benidorm, que tan familiar es para muchos de nuestros vecinos por ser una de las salidas normales de esta tierra al mar, fuera declarada por la Unesco, patrimonio de la humanidad. Luego, otras personas, entre ellas el alcalde de la ciudad levantina, defendían esta idea argumentando sus razones con la base de consideraciones de sostenibilidad y progreso ejemplares.

Lo primero, para entrar a considerar la noticia, es pensar cuál ha sido la trayectoria de este reconocimiento. Se han designado ciudades y lugares con un significado histórico claro, con componentes culturales, veamos como ejemplo Toledo, o industriales como Almadén, pero siempre con un poso de cientos e, incluso, miles de años. Otra opción ha sido la de entornos naturales, claramente únicos y de gran importancia para el planeta donde habitamos. El último componente ha sido el patrimonio inmaterial, con el objeto de proteger de la desaparición costumbres, expresiones artísticas o festivas, hecho éste más subjetivo a la hora de valorar, pues hay tradiciones que pueden ser de una gran importancia local pero difícilmente extrapolables al universal concepto que pretende abarcar el término humanidad.

Pues bien, me van a perdonar los entusiastas pero estamos llegando a mezclar churras con merinas. No todo necesita la protección o el reconocimiento que supone este título y el deseo de obtener las ventajas en publicidad y marketing que supone tenerlo no justifican la perversión que puede originarse, quitándole su verdadero valor, por generalizar el concederlo. Para que una aberración urbanística se convierta en patrimonio de la humanidad deberían pasar al menos dos mil años, para que una inversión económica se convierta en arte debería ser reconocido como tal por distintas generaciones evitando así las modas temporales. E, incluso, el trabajo o la gestión supuestamente bien hecha no deja de ser una cosa elogiada, pero que no debe salir de su justo término, ya saben, si no se destacan los méritos en consonancia de la forma más objetiva que pueda ser, y se termina destacando casi todo, es como si no se hiciera con nada.

El oportunismo puede dar lugar a reconocer cosas que poco tiempo después o por otra personas no se consideran loables o directamente, a producir estupideces por confundir el fin último de las cosas. El que ha sido durante mucho tiempo el ejemplo de destrucción de litoral y entorno natural en España, aunque actualmente se gestione perfectamente no puede pasar a ser un hecho ejemplar, sino simplemente una solución a algo equivocado. España no debe aspirar a tener la línea de horizonte de Hong Kong o de Dubai, nuestros valores culturales y medioambientales deben ser distintos. A mí, por lo menos, no me gustaría ver un bosque de rascacielos en lugar de las encinas de los montes de Ruidera.

"Patrimonio. 1. Hacienda que alguien ha heredado de sus ascendientes. 2. Conjunto de los bienes y derechos propios adquiridos por cualquier título.

Histórico. Conjunto de bienes de una nación acumulado a lo largo de los siglos que, por su significado artístico, arqueológico, etc., son objeto de protección especial por la legislación."

VENTANA DE LA CIENCIA

Los símbolos como identidad

José Manuel Ruiz Gutiérrez

La pertenencia a una raza, religión o país se fundamenta entre otras cosas en la utilización de una serie de símbolos que identifican de manera clara y única a determinado grupo humano. Vivimos en una sociedad en la que, cada vez más, la cultura visual se convierte en el principal vehículo de relación e identificación de sus miembros. Por esta razón los símbolos mantienen y adquieren cada día mayor importancia en nuestras relaciones. Un equipo de fútbol, una ONG, un partido político, una confesión religiosa, un ciudad, un país, todo los que represente un grupo humano que desea ser identificado y distinguido adquiere unos símbolos para su identidad.

Los símbolos son representaciones sensibles de ideas, y las ideas son representaciones subjetivas de diferentes tipos de realidades. Estas representaciones pueden ser compartidas por un grupo humano hasta otorgarles cierto grado de objetividad y a la vez de universalización: los símbolos pueden y deben ser compartidos, ya que sólo así pueden llegar a funcionar como tales.

La comunicación humana esencialmente se basa en los símbolos, haciendo de estos un bagaje fundamental para el desarrollo de la cultura en su más amplia y reconocida acepción. La importancia del símbolo no reside tanto en transmitir una imagen cerrada, un mensaje unidireccional o un dogma estático, como en enriquecerse con las vivencias, reflexiones y opiniones de todos aquellos que comparten un imaginario común.

"Decía Ernst Cassirer, filósofo de origen prusiano (1874-1945), conocido por su obra *Filosofía de las formas simbólicas*, que el ser humano es un animal simbólico, lo que quiere decir que pensamos y actuamos simbólicamente. A base de símbolos, vamos construyendo un universo propio que va más allá del mundo físico captado por nuestros sentidos. Este universo simbólico se acaba convirtiendo en el verdadero hogar del ser humano, el cristal desde el que miramos hacia el mundo físico, la tierra sobre la que germinan las diferentes culturas y el vehículo de nuestro progreso o retroceso, según el caso. Lenguaje, mitología, música, arte, religión... todas ellas, y muchas más, son representaciones de ese mundo interior que sólo sale a la luz a través de lo simbólico al mismo tiempo que dan forma a la red con la que capturamos nuestras percepciones de lo real", (artículo *El animal simbólico de Ernst Cassirer*, de F. García Morales, profesor de Filosofía).

Marcas simbólicas

¿Qué poder representan los símbolos? Ciertamente mucho, tanto que, en su distinción, se vertebran ideas, normas, códigos éticos, principios religiosos y morales. Desde el punto de vista antropológico el ser humano siempre ha tenido la necesidad de pertenecer a un grupo, familia, clan, como queramos llamarlo y esta necesidad se ha plasmado en la utilización de un lenguaje simbólico mediante el que puede representar elementos de esa identidad. Desde los albores de nuestra cultura el hombre ha ido de-

jando sus marcas simbólicas en todas sus obras: cuevas, templos, monumentos funerarios, tradiciones, literatura oral y escrita, música, arte, etc. son vehículo de símbolos.

Un ejemplo muy claro de la utilización de símbolos a lo largo de la historia ha sido la guerra. La bandera, para un ejército, representa algo muy importante. El soldado tiene como primera obligación la defensa de la bandera y su actitud hostil hacia el enemigo ya no es tanto a la persona que tiene enfrente como individuo, sino al grupo social al que pertenece y a los símbolos que lo puedan representar. El territorio se marca con símbolos y la historia se escribe en base a los acontecimientos que de manera colectiva el ser humano representa, defiende o persigue basándose en el poder de lo que representan los símbolos como síntesis de identidad.

El poder de la magia y el ritual, presentes en la historia de la humanidad, esta fundamentado en la representación simbólica de entidades divinas o diabólicas que forman parte de la herencia colectiva de los miembros de una comunidad. La comunicación de las ideas se apoya esencialmente en su representación simbólica.

Otro ejemplo de utilización de símbolos es en la religión. Por su carácter mágico y ritual, la religión ha incorporado símbolos que de la misma manera que las banderas han sido y siguen siendo poderosos elementos que encabezan el pensamiento y las manifestaciones religiosas de los seres humanos; en este caso los símbolos representan deidades, entidades mágicas que por no existir en el plano real se acogen a los símbolos para permanecer en la mente de los hombres.

Existe un aspecto muy importante de los símbolos que hace referencia a las comunicación de ideas y conceptos. Aunque pudiera parecer lo contrario es cierto que antes que el lenguaje hablado y escrito apareció el lenguaje simbólico. El lenguaje ideográfico resulta más sencillo de comunicar y a la vez es mucho más rico que el lenguaje de las palabras. Un ejemplo de esto es el hecho de que los lenguajes escritos en antigüedad eran de tipo simbólico –jeroglíficos–, en los que las odas se representaban mediante símbolos.

La representación conceptual de manera general se extiende en cualquiera de las manifestaciones artísticas que a lo largo de la historia se han venido consolidando dentro del vasto campo de la cultura humana. La ideación y posterior consolidación de los símbolos representa un apasionante campo de estudio que hunde sus raíces en aspectos cognitivos de la mente humana muy complejos. Los colores, los sonidos, las formas producen en nuestra mente determinadas respuestas que no solo se acogen a lo que llamaríamos sencillamente percepción.

La semiótica, una ciencia social relativamente moderna, incorpora en su campo de entendimiento el símbolo como instrumento de comunicación y representación, aportando las claves necesarias para comprender las diversas formas de relación de los seres humanos a través del lenguaje, entendiendo este de manera global y no confiando simplemente a la lingüística.